



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO
MUNILLA

MATERNIDAD DE MARÍA (HABLEMOS DE MARÍA 3)

Esta es la tercera charla del cursillo sobre la Virgen María que hemos titulado "*Hablemos de María*". La primera charla tuvo como título "**Llena de gracia**" y tenía el escenario de la Anunciación. La segunda charla tuvo como título "**Bienaventurada la que ha creído**" y tenía como escenario el momento en que en la Visitación acoge a María. Es decir, que la primera y segunda charla versaban sobre la gracia y la fe, dos fundamentos importantísimos y ahora vamos a dar un paso más, vamos a hablar de la maternidad de María. Así le hemos titulado la charla, "**Maternidad de María: es madre de Dios**". Y entonces, obviamente, nos vamos a centrar en este misterio.

Como ya dije al comenzar esta serie de reflexiones, "*Hablemos de María*", me estoy sirviendo fundamentalmente de un libro de Rainiero Cantalamessa, quien fue predicador de la Casa Pontificia. Tiene un libro que se llama *María, espejo de la Iglesia*, y en buena medida estoy tomando de ahí estas reflexiones, original, ciertamente, no somos, o sea, recibimos y transmitimos. Y recuerdo también que la tesis de ese libro es que es una carta que Dios ha escrito al mundo y qué importante es leer bien esa carta. Si Dios nos ha escrito esa carta, leámosla.

Bueno, la invocación de María como madre de Dios es el más antiguo y el más importante entre los dogmas marianos, sin duda alguna. Lo celebramos, como bien sabéis, el 1 de enero, Santa María, Madre de Dios. Y como es el 1 de enero, y entre que la gente está con la cena de Nochevieja, se enteran pocos de esa festividad, porque el 1 de enero, la verdad es que nos desordena la vida. Fue definido el dogma de **María como Madre de Dios** en el Concilio de Éfeso, en el año, en el año 431. Por cierto, este es el título, María, Madre de Dios, es el título más ecuménico que existe, porque en aquel momento todavía no se habían producido las divisiones de ortodoxos, de protestantes, y por tanto, ese dogma de María como Madre de Dios lo creen todos los cristianos: protestantes, ortodoxos, católicos... Ahí todos estaban unidos, gracias a Dios, en aquel momento.

Entonces nos vamos a acercar a esta verdad de fe de que María es madre de Dios, la maternidad divina de María. Nos vamos a acercar desde tres ángulos complementarios: primero, haciendo una reconstrucción histórica de cómo se llegó a

ese dogma, cómo la Iglesia llegó a invocar a María como madre de Dios; segundo, haciendo una contemplación creyente, también hay que contemplar porque la contemplación es saborear, alegrarse de lo que Dios ha hecho con María, haremos también un momento contemplativo; y finalmente, en tercer lugar, una aplicación práctica para nuestra vida. Obviamente, no somos meramente espectadores, sino queremos sacar aplicaciones prácticas para nuestra vida. Luego serán estas tres partes.

Voy con la primera: ¿cómo se logró, cómo se formó el dogma de la maternidad divina de María?, ¿cómo se llegó a la afirmación de que María es madre de Dios? En el Nuevo Testamento no lo encontramos literalmente así, no hay ningún versículo que diga "María, madre de Dios", pero sí encontramos expresiones que contienen ese título en germen, tal y como la Iglesia, después bajo la guía del Espíritu Santo, llegó a afirmarlo explícitamente en el Concilio de Éfeso. Lo que en el Nuevo Testamento se dice, dice en Lucas 1, es que María ha concebido y engendrado un hijo, y que es el Hijo del Altísimo, el Hijo de Dios. Eso es lo que se dice, es decir, se dice que María es madre de un hijo el cual es Hijo de Dios. Bueno, ergo no es tan difícil concluir de ahí que es madre de Dios.

Pero veámoslo en los tres primeros siglos, esto es importante ser consciente. Se habían ido calificando las herejías referentes a quién era Jesús. Había habido distintas herejías, y se habían ido clarificando. Al final, la pregunta clave es: "Vosotros, ¿quién decís que soy yo?, ¿quién dice la gente que soy yo?". Esa fue la gran pregunta. Entonces hubo herejías, unas que decían "Jesús es hombre, pero no es Dios", otros que decían "Es Dios, pero no es hombre". Y entonces la Iglesia, en el Concilio de Nicea el año 325, que por cierto, se va a celebrar, se va a hacer el 1700 aniversario este año entrante próximo, 1700 aniversario de ese Concilio de Nicea, allí la Iglesia dijo que Jesús es Dios y hombre verdadero. Eso había quedado clarificado, ¿no?, gracias a Dios.

Pero quizás lo que no estaba, lo que no estaba todavía formulado era el tema de la unidad de Jesús, que en Jesús no hay dos personas, que hay una sola persona. Jesús es Dios y hombre verdadero, pero no pienses que son dos personas, "una persona es hombre...". No, en Jesús hay una sola persona. ¿Dos personas? ¡No! Y entonces era un tema que todavía el Concilio de Nicea no lo había formulado de una manera. Y entonces, en este momento, partiendo de esos textos evangélicos a los que he dicho y una vez que Nicea ya había aclarado las cosas, era el momento de poder avanzar más. Se había madurado suficientemente para poder afirmar que María es madre de la única persona que es Jesús, que como es Dios, se puede decir que es madre de Dios, porque no son dos personas, es una sola.

Entonces, ¿qué proceso se siguió? Vamos a verlo. En primer lugar, se subraya la maternidad física de María frente a las herejías gnósticas. Los herejes gnósticos admitían que Jesús había nacido de María, pero no que hubiese sido concebido de ella. Atentos a esta distinción. Ellos decían: *"Sí, Jesús nació de María, pero no fue concebido*

de ella". Dicen: nació *per Mariam virginem*, pero no *ex Maria virgine*. Es decir, no tomó carne de María, pasó por ella, pero como el agua pasa por un tubo, pero no habiendo tomado carne de ella. Eso decían los herejes gnósticos. Había sido introducido desde el cielo en el seno de la Virgen. Lo que está en juego, como podéis ver, es la verdadera humanidad de Jesús. A ver, ¿es verdadero hombre? Si es verdadero hombre, ha sido concebido de la Virgen María, no solo pasó por ella. Tertuliano respondió a estos herejes: "*Jesús no sería para ustedes el Hijo de Dios, sería un huésped, no sería hijo, un huésped que estuvo en el seno de María*". Huésped... nosotros diríamos hoy en nuestros términos como si María hubiese sido un vientre de alquiler, que pasó por allí pero que no era de ella. No, la Iglesia afirma **ex Maria Virgine**, de ella tomó carne, verdadera humanidad de Jesucristo. Jesús es verdadero Dios porque fue engendrado por obra y gracia del Espíritu Santo y verdadero hombre, puesto que tomó carne de la Virgen María.

Bien, esto como veis es un momento, es una primera afirmación clave. Un segundo momento, no solamente se afirma la maternidad física de María, también se afirma la maternidad metafísica de María. Ahora lo explico. Es decir, que no solo es madre del cuerpo, es madre de la persona, de la persona divina. A eso quiero decir, la fe popular esto ya lo, ya lo venía diciendo, porque a veces la fe popular se adelanta, como muchas veces ocurre, la fe popular se adelanta a la definición que hace el magisterio de los dogmas. Entonces, ya en el año 250, o sea, bastante antes que el Concilio de Éfeso, el pueblo rezaba el *Sub tuum praesidium*: "**Bajo tu amparo nos acogemos, santa madre de Dios**". A ver, el pueblo decía "santa madre de Dios", el pueblo ya rezaba "santa madre de Dios" aunque eso no estaba todavía definido, y eso es interesante saberlo, pero todavía no había llegado el Concilio o el magisterio a afirmarlo.

Y entonces aquí se llega a ese momento clave en el que había quedado claro ya, que Jesús tenía naturaleza humana, naturaleza divina, pero que existía el reto de cómo entender la unidad de su persona. Jesús no son dos personas, "una persona es hombre, una persona es Dios". Es una única persona, no hay dos Jesúses, luego María es madre del niño y es madre de Dios. Entonces vamos a ver esto cómo se llegó a formular. La historia es muy impresionante, es muy bonita, y para entender cómo se llegó a formular esto, vamos a la víspera de Nochebuena del año 428. Fijaros bien: víspera de Nochebuena del año 428, era el 23 de diciembre del año 428. Estamos en Constantinopla, en la catedral de Sofía, en esa que Erdoğan ahora ha convertido en mezquita, así, por las buenas. En ese mismo lugar, un sacerdote llamado Proclo estaba predicando un sermón y estaba presente el arzobispo Nestorio allí escuchando, patriarca de aquel momento y Proclo, aquel sacerdote, siguiendo la costumbre del pueblo de Dios, la devoción del pueblo afirmó que María es madre de Dios. Y aquello le sentó mal al patriarca Nestorio, que cuando terminó el sermón subió arriba y le corrigió a Proclo delante de todo el mundo. Le dijo que María es madre del templo, pero no del Dios que habita en el templo. Le dijo: "*A ver, esto... María es madre del templo, será madre del cuerpo, del cuerpo de Jesús, pero no es madre del Dios que habita en el*

templo", le dijo Nestorio a Proclo. Entonces allí se armó la marimorena, como se dice. La gente se indignó porque creía que María era madre de Dios y se indignó, y empezaron allí a discutir en plena iglesia, y un tal Eusebio, que era un abogado de Constantinopla, se puso de pie en el banco y le gritó a Nestorio, al arzobispo, le dijo: "*El Verbo eterno por segunda vez nació de la Virgen María*". Una expresión un poquito complicada, pero vino como diciendo: el Verbo eterno nació del Padre, pero eterno volvió a nacer del seno de la Virgen María cuando vino al mundo. Y entonces aquello fue un gran conflicto... esto se extendió por todo Constantinopla y hubo un rechazo muy fuerte contra Nestorio. El pueblo se manifestaba, el pueblo vivía la fe con mucha intensidad. Incluso sacaron una especie de refrán: "*Tenemos emperador, pero no tenemos obispo*". Hicieron publicidad contra Nestorio con toda su alma, con toda su alma. Y allí surgió un personaje providencial que fue San Cirilo de Alejandría, otro obispo que subrayó que claro que María es madre de Dios, porque es madre de la persona, no madre del cuerpo. María no es madre del cuerpo, es madre de la persona. Esto se entiende, se entiende muy bien.

Por ejemplo, es una madre... me refiero, todas las que sois madres aquí, vosotras no habéis engendrado el alma de vuestro hijo, el alma ha sido Dios el que le ha creado, pero a ninguna madre se le dice "*tú eres madre del cuerpo de tu hijo*". Hombre, no se dice eso, es madre de tu hijo. Claro que el alma no la ha engendrado la madre, pero no se le ocurre a nadie decir "*tú eres madre medio madre de tu hijo porque eres madre del cuerpo*". A nadie en su sano juicio se le ocurre decir una cosa así. Bueno, pues por esa misma regla de tres se dice que María es madre de esa persona, que es divina, que es Dios. Entonces, fijaros, esto es curioso lo que allí aconteció, se convocó el Concilio de Éfeso porque hubo un gran revuelo, aquel revuelo que comenzó allí en Constantinopla fue un revuelo en toda la Iglesia. Ese obispo Cirilo de Alejandría fue el gran abanderado defensor, y finalmente se convocó Éfeso el 431. El pueblo de Dios rodeaba con antorchas encendidas el lugar donde estaban los obispos reunidos y el pueblo decía "***Theotokos, Theotokos***", que significa madre de Dios, **madre de Dios**, que es lo que siempre había rezado la gente. Y entonces se proclamó el dogma de Santa María como madre de Dios. Fijaros, no habían pasado ni siquiera tres años de aquel momento en el que ese tal Eusebio, el abogado, se puso de pie y discutió con Nestorio y se montó el lío. Y en tres años la Iglesia convocó ese Concilio y proclamó el dogma. Y por cierto, aquel cura que estaba predicando el sermón, Proclo, fue el segundo sucesor de Nestorio como patriarca de Constantinopla. O sea que, ¡madre mía!, la vida qué cosas tiene, qué cosas tiene. Es hermoso ver también en la historia de la Iglesia cómo nuestra fe a veces ha sido probada, pero cómo el Espíritu Santo nos saca adelante.

Bueno, pues esa es la historia de cómo se llegó al dogma. También hay un tercer momento, Primero he dicho la **maternidad física** de María, segundo he dicho la **maternidad** más bien **metafísica** de María, hay un tercer momento y es la **maternidad espiritual de María**. También esto hay que subrayarlo, porque la gran aportación de la Iglesia de Occidente fue, especialmente San Agustín y otros autores latinos, fue el afirmar que María también es madre espiritual. A ver, madre espiritualmente, porque

San Agustín partió del texto evangélico en el que se le pregunta: *"¿Quién está aquí? Tu madre y tus hermanos buscándote"*. Y Jesús dice: *"¿Quién es mi madre y mis hermanos? Los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen, esos son mi madre y mis hermanos"*. Y San Agustín, comentando este texto, dice: *"¿Quién es el que escucha la palabra de Dios y la cumple? María, sobre todo, sobre todo"*. Luego María en grado sumo tiene la maternidad espiritual de Jesús, porque es la que escucha la palabra de Dios y la cumple. Entonces San Agustín dice: *"María engendró a Jesús antes espiritualmente que corporalmente, antes le engendró en la fe que en su seno, porque escuchó la palabra de Dios y la cumplió"*. Entonces digamos que existe la maternidad física de María frente a los gnósticos, la maternidad metafísica de María frente a Nestorio, y la maternidad espiritual de María, que... también San Bernardo insiste en esto, María como es la que ha acogido la palabra de Dios y la ha cumplido es madre también espiritual.

Bien, hasta aquí la explicación de la primera parte que os quería decir sobre cómo se llegó a proclamar la fe en la maternidad divina de María. Esa es la primera parte, voy ahora a la segunda, que os decía que es la contemplación creyente. Contemplar no es tanto buscar la verdad cuanto gozar de la verdad hallada, saboreando su riqueza y su profundidad.

Entonces, afirmar que María es madre de Dios nos lleva a contemplar en primer lugar muchas cosas, pero yo subrayo algunas. Nos lleva a contemplar la humildad de Dios, que Dios haya querido tener madre. Eso habla de la humildad de Dios. Dios ha querido tener madre. Tener madre significa tener una dependencia radical, un hijo tiene una dependencia radical de su madre, Dios ha querido experimentar esa experiencia que supone una profunda humildad de Dios, y además también es una profunda capacidad de conocernos porque él sabe lo que es tener madre. El salmo 130 dice: *"Sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre"*. Dios también acalla y modera sus deseos como un niño en brazos de su madre. Impresionante, o sea que es como una ducha fría frente al orgullo, es un testimonio, un signo de la profunda humildad de Dios el que haya venido al mundo de esta manera, teniendo madre.

En segundo lugar, también contemplamos que en María se manifiesta la **alianza de Dios con la humanidad**. Alianza de Dios con la humanidad, fijaros. Los padres de la Iglesia han utilizado expresiones bellísimas y muy profundas para decir lo que supone que María sea madre de Dios, lo que supone que en su seno el Verbo eterno de Dios, tomase carne y se engendrara esa humanidad. Y las expresiones que han utilizado son: *el seno de María ha sido el tálamo en donde han tenido lugar las nupcias de Dios con la humanidad*; ha sido también, dicen, el telar, *el telar donde se tejó la túnica de la unión entre la humanidad y la divinidad*. En un telar los hilos se entrecruzan todos, entonces dicen algunos padres de la Iglesia: *el seno de María es como el telar en el que la humanidad y la divinidad se han entretejido en la persona de Jesús*. Es el laboratorio, dicen otros, donde se operó la unión del hombre y de Dios. Expresiones bellísimas para

designar esa alianza que Dios ha hecho con nosotros. El seno de María es un tálamo de unión nupcial, el seno de María es un telar, es un laboratorio. En María se ha anclado Dios a la tierra, a la humanidad ha quedado anclado para siempre. Dios y el hombre han quedado unidos para siempre, en adelante Dios es el Emmanuel, el Dios con nosotros. Por lo tanto, pues es digno de contemplarse esa maravilla de alianza que Dios ha hecho.

También es digno de contemplarse otra cosa, fijaros cómo Dios ha revelado la dignidad de la mujer. Hay un texto, Gálatas 4:4, que dice: *"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido de mujer"*. La verdad es que cuando hablamos de la dignificación, de la promoción de la mujer, pues la verdad es que frente a Dios estamos siempre retrasados porque Dios la ha elegido madre, madre suya. Por lo tanto, la maternidad de María tiene que ser también contemplada, admirada. Yo sobre todo subrayar la humildad de Dios, que ha asumido la experiencia de la plena dependencia de un hijo hacia a su madre.

Y pasemos ahora a la tercera parte. Primero os he dicho, la primera parte de la charla era cómo se llegó a confesar la maternidad divina de María; la segunda parte era contemplemos esa verdad y saboreémosla; en tercer lugar, aplicaciones prácticas para nuestra vida.

La primera: imitar la maternidad de María. A ver, ¿cómo se puede imitar a María en ser madre de Dios?, ¿cómo se puede hacer eso? Recordemos, como acabamos de decir, que María no sólo es madre de Jesucristo en el plano físico, en ese plano es inimitable, claro, sino que también lo es en el plano espiritual. Concibió a Jesús antes en su corazón que, que en su seno y en eso sí es imitable, que nosotros también concibamos a Jesús. Cuando Jesús dice esa famosa frase, ***"Mi madre y mis hermanos son éstos, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen"***, San Agustín dice: *"la que mejor cumplió eso fue María, pero también nosotros tenemos que cumplirlo, escuchar la palabra de Dios y practicarla"*. Y esto la tradición de la Iglesia lo entendió claramente. Os voy a dar dos citas maravillosas, una de San Ambrosio, del siglo IV, que por cierto, este San Ambrosio estuvo en el Concilio de Nicea. Dice: *"Toda alma creyente concibe y engendra el Verbo de Dios. Si corporalmente no hay más que una madre de Cristo, por la fe Cristo es fruto de todos, pues toda alma recibe la palabra de Dios"*. O sea, que cuando uno concibe la palabra de Dios está también de alguna forma espiritual, está teniendo esa maternidad o paternidad de dar a luz a Jesús para la vida del mundo. También nosotros estamos llamados a concebir esa palabra, a engendrarla y a darla a luz. La palabra tiene que ser acogida, tiene que ser meditada, engendrada y tiene que ser dada a luz para la vida del mundo. Esa maternidad espiritual de María, dicen los padres de la Iglesia, es imitable.

Otro texto, este es de San Máximo el Confesor, del siglo séptimo. Dice: *"Cristo nace siempre místicamente en el alma, tomando carne de aquellos que han sido salvados y haciendo del alma que lo engendra una madre virgen"*. Fijaros que dice que

estamos llamados a ser madre virgen de esa palabra que hemos recibido, para dar la luz al mundo.

En segundo lugar, también estamos llamados, lo que hago es un poco todavía extender más lo anterior, a **concebir y a dar a luz de nuevo a Cristo**. Decíamos que tenemos que imitar la maternidad de María escuchando la palabra, poniéndola en práctica. Entonces, ¿cómo se imita a María?, de dos maneras: **escucho y pongo en práctica**. Por lo tanto, atención, podría haber dos posibles, sigamos la imagen de la maternidad, dos posibles abortos: el que concibe sin dar a luz, aquel que acoge la palabra y no la pone en práctica, sería un posible aborto, porque si yo concibo la palabra y no la pongo en práctica entonces estoy matando esa palabra, pero también podría ocurrir que uno dé a luz sin haber concebido, haga las obras sin haber concebido, que son los que se entregan al activismo sin que sus obras nazcan del amor de Dios y, por tanto, sin recta intención. Existen los dos peligros, repito: el primero, concebir sin dar a luz, acoger la palabra, pero no ponerla por obra; y en segundo lugar, dar a luz, pero sin haber concebido, o sea, hacer obras, pero sin que nazcan del amor de Dios. Y esto segundo, esto último, merece una reflexión, porque nuestra mentalidad occidental muchas veces decimos: *"Bueno, ¿qué más da?, lo importante es hacer cosas buenas, que uno crea o no crea, si ama a Dios, si no ama a Dios, lo importante es que haga cosas"*. Eso suele ser nuestra mentalidad, pero claro, somos plenamente inconscientes de lo que estamos diciendo, de que solamente las obras que son inspiradas por Dios y movidas por su gracia son salvas. Uno puede hacer obras materialmente buenas sin recta intención, por amor propio, por perfeccionismo, por muchas cosas que no son, que no le van a salvar, entonces digamos que hay como dos fiestas del nacimiento del niño Jesús, dos fiestas: una la que vamos a celebrar ahora, el 25 de diciembre, pero también hay una segunda fiesta del nacimiento de Jesús que es la de *nuestra conversión personal*. **Tu conversión personal es un nacimiento de Jesús**. San Francisco de Asís dice: *"Somos madres de Cristo cuando lo llevamos en nuestro corazón con amor y conciencia pura y sincera, y le damos a luz mediante las buenas obras, que deben resplandecer en nuestra vida"*. Curioso, eso lo dice San Francisco de Asís. Por lo tanto, cuando acontece nuestra conversión también acontece un nacimiento de Jesucristo. San Buenaventura dice que el alma concibe a Jesús como fecundada espiritualmente por la gracia del Espíritu Santo, y que concibe el propósito de una vida nueva, de una conversión, y que Jesús nace en nosotros cuando ponemos por obra este propósito. Bueno, es una buena aplicación práctica. Al final la aplicación práctica, como veis, es imitar a María en la maternidad, en acoger la palabra y ponerla por obra con nuestra conversión, con nuestra conversión concreta.

Voy a concluir con una cita bellísima de San Agustín, sobre la imitación de la maternidad de María. Dice él: *"Su madre lo llevó en su seno, llevémoslo nosotros en el corazón. La Virgen quedó encinta por la encarnación de Cristo, queden encinta nuestros corazones por la fe en Cristo. Ella alumbró al Salvador, alumbramos nosotros las alabanzas que glorifiquen a Dios. No seamos estériles, sean nuestras almas fecundadas por Dios y para Dios"*.